

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 502-505.

Domingo Luis Bordoli (1919)

La más típica y sin duda la más irradiante figura del grupo ASIR, Domingo Luis Bordoli Castelli se ha dualizado voluntariamente en un narrador (*Senderos solos*, 1960) que firma con sus segundos nombres y apellidos, y un crítico, ensayista y profesor de activo ejercicio, director de la revista recién mencionada desde 1949 hasta su conclusión.

Como ya se adelantaba a propósito de Washington Lockhart (véase noticia) Bordoli porta plenamente casi todos los trazos esenciales de la constelación que, a propósito de aquél, se perfiló. Sus intereses, sin embargo, son primordialmente los literarios (aunque el plano filosófico de los problemas le atraiga con gran fuerza) y la vaga religiosidad de otros (se decía también), se hace en él explícita fe religiosa cristiana, católica. Esto, apúntese, tiende a convertirlo en su generación en el legatario de una línea espiritual que tiene sus puntos más altos en Bauzá y Zorrilja de San Martín y que, hacia su tiempo, marca sin duda en él su nombre más considerable. Pero no es, ciertamente, la religiosidad de Bordoli una religiosidad apologética y beligerante a lo Soler, ni una postura defensiva político-jurídica del tipo que encarnaron, en distintos tiempos, hombres como Bauzá o Dardo Regules. Es otro estilo muy distinto de inserción de lo espiritual en la vida y la cultura el que se expide en Bordoli, diríase: un modo de ascensión al mismo tiempo espontáneo y valeroso, en plano de igualdad, sin pretensión alguna de monopolizar verdades ni displicencias para lo herético. E incluso, a tal punto entre sus fuentes formativas se codean lo ortodoxo y lo heterodoxo que la influencia que sobre él ha tenido en los últimos años un filósofo tan laico y radical como Alain es una de las de mayor volumen.

Por todo esto Bordoli puede encarnar muy bien un estadio histórico en el que se han transpuesto determinados compartimentos ideológicos y temperamentales y, desde experiencias y vigencias comunes, algunos apuntan a la necesidad personal de lo trascendente más que a ninguna consagración institucionalizada en la sociedad. Concorde a todo lo anterior — y testimoniando de paso el aporte de nuevos sectores sociales y geográficos del país — Bordoli ha vivido su fe y desplegado una múltiple acción con cierta cálida temperatura de disponibilidad, diálogo y humildad. Hay algo que aureola imponderablemente una figura personal en la que en algún momento (los años lo están esfumando) parecieron darse cita los módulos de lo franciscano, la andadura vital de los escritores insurrectos de principios de siglo y aún la de algunos de esos luminosos rusos transverberados de Absoluto que algún día asombraron al descreído Occidente. Pero no se piense en tónica romántica alguna. Intelectual y

culturalmente, Bordoli siente una apasionada fidelidad a lo clásico, a esa Tradición que más que a otros compañeros de núcleo es capaz de nutrirle en todos los niveles.

Aunque estrictamente nacido en Fray Bentos, la vida de Bordoli se ha repartido entre Mercedes y Montevideo, donde apareció en los primeros años de la postguerra nimbado por una exuberante leyenda de múltiples oficios. Poco tiempo le fue necesario para convertirse en una pieza capital de la entonces incipiente generación de 1945. En 1946, su excelente cuento "La pradera" fue distinguido en un concurso de MARCHA y una década más tarde triunfó en el concurso convocado para una vida de Zorrilla de San Martín, un escritor con quien tantas afinidades tiene y cuya prosa y valores poéticos ha rehabilitado con particular eficacia (**Vida de Juan Zorrilla de San Martín**, 1961). Pero la obra de Bordoli es mucho más vasta que lo recogido en libros (y este es un rasgo extensible a casi todos sus coetáneos). Después de larga colaboración en EL CIUDADANO, atiende desde hace dos o tres años una serie radiotelefónica de literatura que suele pasar a la imprenta desde EL PAÍS y que, si bien no carece de altibajos, enrola en ella páginas de muy subido valor. Todo esto es todavía inseparable de una presencia concreta y de una acción oral de estímulo, de dirección, de protección que (aun más allá de sus clases) le han dado —calidad mediante— una de las influencias más vastas y seguras de la literatura uruguaya.

Más que un crítico (capaz de entusiasmos que a veces causan perplejidad) Bordoli es un dilucidador, un glosador penetrante y original e imprevisible en sus caminos y conclusiones. Si de los textos literarios se trata, se siente mucho menos atraído por los que son "novedad" que por los más remotos o marginados, a los que sabe ver con ojos nuevos y extraerles lo vivo y significativo que portan. Así ha frecuentado los repertorios de sabiduría oriental o, al modo de Eliot o de Pound, los trovadores medioevales o los místicos del Renacimiento.

El ensayo de Bordoli que aquí se ha recogido gira en torno a lo que puede calificarse como una obsesión de su grupo: el empeño en trascender la temporalidad, la posibilidad de entrever el rostro de lo Eterno a través de un tiempo inmovilizado, experiencia de tipo místico que evidentemente se relaciona —como Ruben Cotelo ha observado— con ideas de Louis Lavelle y su "dialéctica del eterno presente", pero que no se enfeuda —agréguese— por cierto a ella. O no se enfeuda tanto, por lo menos, como a un espíritu religioso y artístico que no se queda en las palabras de las fórmulas y adhesiones y busca, entonces, las experiencias de participación y transcendencia que lo religioso, en su propio sustrato, importa. A todo esto se suma en la página de Bordoli una deontología del acto de beber, ni incauta ni unilateral (atiéndase el último párrafo) y se expide toda esa filosofía de la vida de estirpe clásico-cristiana, centrada sobre los valores de la contemplación, de la contención, del ocio en la libertad, de la negativa a la alienación en las cosas cuyo sentido general y

polémico ya fue indagado también a propósito de Washington Lockhart (ver noticia). Es visible, asimismo, la descalificación casi global del arte y la sensibilidad contemporáneas, en una actitud que si es comprensible cuesta no calificar de apresurada o excesivamente radical. El escrito expide el gusto, que Bordoli comparte con Visca, por tomar ciertos tornasoles del alma, ciertos estados de espíritu permanentes o fugaces y, llevados a cierto grado de abstracción y generalidad, examinarlos cuidadosamente. Para ello suelen utilizar textos literarios muy bien escogidos y que cobran opulenta significación en el discurso que corroboran. Tampoco debería escapar a un lector avisado cómo este texto dignifica a la famosa "pereza criolla", tan anatematizada por el activismo capitalista y burgués como por el dinamismo movilizador y revolucionario. Muy coherente es que esta apología sea quien la formule, escritor del tranco vital de Bordoli, hombre del interior, de pueblo, de amistad, de mostradores, de largas pausas, de existencia firmemente enquistada. Subráyese todavía qué concorde es que sea el marco natural, (los densos mediodías, las noches limpias y profundas, los desangrados atardeceres), los casi infalibles interlocutores de estas experiencias, de estas meditaciones: hay en Bordoli una sensibilidad aguzadísima al tiempo y a la naturaleza, una naturaleza en la que le gusta ver, incluso, inserto el tipo de hombre que más afín siente a su persona.